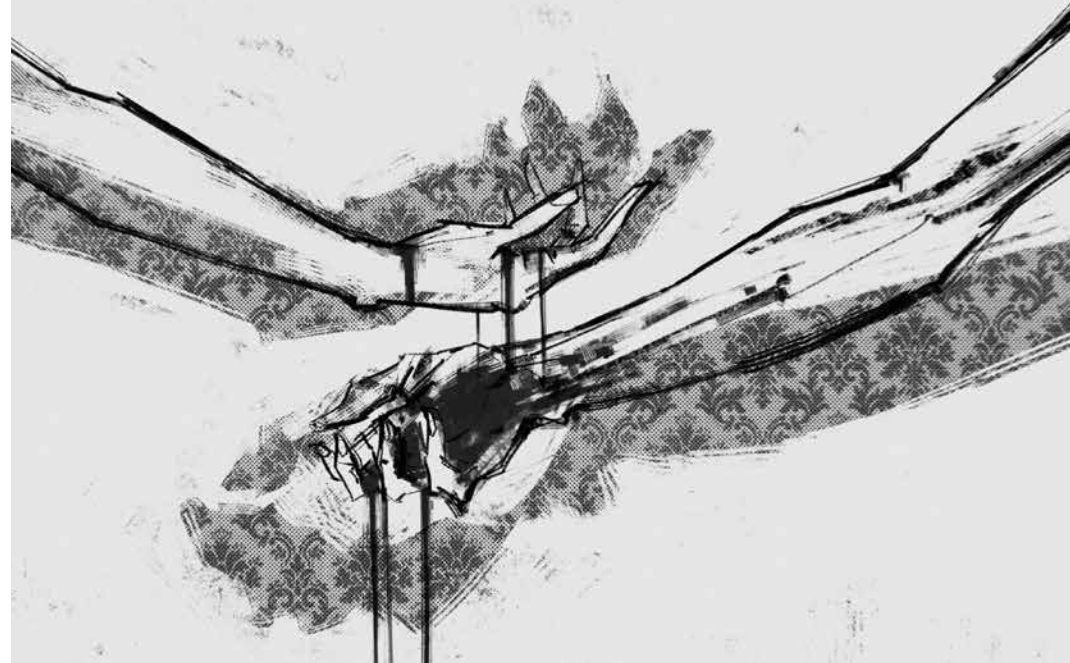


**ASUNTOS  
DE MUERTOS**  
NIEVES MORIES



*Para Sol.  
Mi amor. Mi vida. Mi mitad.*

**H**e visto a una mujer morena, flaca, nerviosa, caminando dubitativa entre los escombros de un edificio medio derruido. Los cristales crujían cuando los pisaba y, de vez en cuando, tropezaba con un ladrillo o una viga de metal tan visibles que hasta un lisiado los hubiera esquivado.

La he visto e, inmediatamente, he pensado que eras tú. Morena, flaca, nerviosa y torpe. A punto de caer, andaba por un lugar donde no debería estar; salvaba obstáculos imposibles, pero siempre chocaba contra algo evitable. Se ponía en pie una y otra vez, tras cada caída, y fueron muchas. Limpiaba polvo y sangre de sus pantalones rotos con gesto descuidado y emprendía la marcha de nuevo.

He visto a esa mujer, con sus rizos negros y sus dedos largos, y creí, de verdad creí, que eras tú. Grité tu nombre y ella se giró. La cara entre los rizos negros no era la tuya, por supuesto, aunque en un primer momento pensé que sí. No, miento. Deseé que lo fuera. Necesitaba que lo fuera. Pero no encontré tus ojos verdes en esa desconocida, ni tu sonrisa. ¿Cómo iba a hacerlo, si estás muerta?

Aunque tampoco me hubiera extrañado. Últimamente me visitan muchos fantasmas, y el tuyo no iba a ser menos. No iba a perderse este disparate.

Creo que avergoncé a esa mujer. Creo que yo también me avergoncé. Y las dos nos fuimos en direcciones contrarias, deprisa, tropezando con obstáculos invisibles, porque en eso soy igual que tú; una especialista en caminar por la cuerda floja sin bascular pero capaz de resbalar en el único y diminuto charco del centro de la calle y dar con el culo en el suelo.

«Qué mierda de herencia. Qué mierda en general», me dije, mirando hacia atrás para asegurarme de que ningún fantasma más hubiera venido a verme. Y allí estaba él, un hombre mayor, un viejo... no sé cómo definirlo. Porque... ¿alguna vez envejeció? ¿Le dio tiempo a hacerlo? ¿Qué cantidad de años o de sabiduría o de sufrimiento son necesarios para llegar a la vejez? No lo sé. Nunca he tenido mucha idea de ese tipo de cosas, como los años del cuerpo. Ni siquiera para el mío, que también se mantiene joven o, más bien, atemporal.

Una vez más, cuestión de curiosas herencias.

Cuerpos que no envejecen apenas, cabello eternamente negro, ojos vivaces. Parece que va a durar para siempre, que una rara magia nos mantiene así, tersos, lozanos. Y entonces... entonces nos convertimos en una supernova, en una estrella que brilló demasiado y se consumió de repente, pasando de la juventud a las cenizas en un parpadeo. Hoy estoy aquí, risueño y genial. Mañana, búscame en el cementerio. O, mejor aún, no me busques jamás. Olvídate de mí.

Él también se marchó así. Él también fue un faro que atraía barcos y sirenas. Al igual que ella, se dedicó a estrellar los navíos contra los acantilados, sí. Intentó llevarlos a puerto, quiso guiarlos, cuidar de que no los destrozaran las olas, de una peculiar manera que siempre le salió del revés.

Era un faro, sí, envuelto en la niebla y con los cimientos carcomidos por la certeza de que nunca pudo hacer nada por esa veloz nave que era ella. Ella, la única a la que de verdad quiso proteger y la que no lo dejó hacerlo. La que más lo necesitó, la que nunca huyó del todo pero tampoco terminó de volver. La que lo buscó como último recurso y luego se revolvió en su contra como un gato rabioso, arrancándole los ojos una y otra vez.

El caso es que, como ya he dicho, al volverme lo vi. Moreno, flaco y nervioso. Su porte, sus dedos largos. Y lo llamé, ¿qué otra cosa podía hacer? No se me ocurrió otra manera de exorcizar a ese nuevo fantasma más que invocarlo de nuevo. En el momento en que vi que esos ojos no eran sus ojos, que esas manos no eran sus manos, eché a correr.

Y corrí y corrí hasta que ya no hubo ningún lugar al que ir. Hasta que llegué a donde todas las carreteras mueren y se convierten en precipicios. Donde la tierra se funde con el alquitrán y los edificios desaparecen y se derriten. Allí, los dos me cogieron con sus manos congeladas de fantasma sin hacer otra cosa más que mirar el horizonte desvanecerse.

—Nunca os marcharéis, ¿verdad? —pregunté. Y ellos no contestaron, porque yo ya sabía la respuesta—. Pues algo tendré que hacer con todo esto, porque, de verdad, es que hasta muertos me estáis matando. Debería daros vergüenza. Vosotros, precisamente, deberíais ser como los muertos normales, quedaros enterrados y quietos. ¿En serio no podéis simplemente... desaparecer?

Tampoco hizo falta que me respondieran a eso.

Nunca se irían, no, porque las cosas que no existen no pueden desvanecerse. Lo que ya está muerto no puede volver a morir. Las cenizas no pueden arder de nuevo.

—Me estáis matando —repetí. Y luego, bajito, para que ellos no pudieran oírme, le dije al vacío—: Me estoy matando. No puedo cargar más tiempo con todo esto.

Y, como no podía avanzar, tuve que dar marcha atrás. A cerrar la puerta que los tres nos habíamos dejado abierta mientras nos dedicábamos a nuestros Asuntos de Muertos.

## ¿QUÉ TENDRÁ?

¿Qué tendrá la hija  
del sepulturero  
que con asco la miran los mozos,  
que las mozas la miran con miedo?  
Cuando llega el domingo a la plaza  
y está el bailoteo  
como el Sol de alegre,  
vivo como el fuego,  
no parece sino que una nube  
se atraviesa delante del cielo;  
no parece sino que se anuncia,  
que se acerca, que pasa un entierro...

Una ola de opacos rumores  
sustituye al febril charloteo,  
se cambian miradas  
que expresan recelos,  
el ritmo del baile  
se torna más lento  
y hasta los repiques  
alegres y secos  
de las castañuelas  
callan un momento...

Un momento no más duró todo;  
mas ¿qué será aquello  
que hasta da falsas notas la gaita  
por hacer un gesto  
con sus gruesos labios  
el tamborilero?

No hay memoria de amores manchados,  
porque nunca, a pesar de ser bellos,  
«Buenos ojos tienes»  
le ha dicho un mancebo.  
Y ella sigue desdenes rumiando,  
y ella sigue rumiando desprecios;  
pero siempre acercándose a todos,  
siempre sonriendo,  
presentándose en fiestas y bailes  
y estrenando más ricos pañuelos...  
¿Qué tendrá la hija  
del sepulturero?  
Me lo dijo un mozo:  
¿Ve usted esos pañuelos?  
pues se cuenta que son de otras mozas...  
¡De otras mozas que están ya pudriendo!...  
Y es verdad, que parece que güelen,  
que güelen a muerto...

**José María Gabriel y Galán**



**PRIMERA PARTE:**  
**LA MUERTE DE SABINA**



**H**ay dos cosas que aprendí de pequeña y que no hizo falta que nadie me enseñara: la primera, que si deseas que alguien te quiera con locura tienes que tenerlo un poco abandonado. La segunda, que la genética es una cosa bien puta.

Si queréis aburrir a un niño, que no os preste atención y, en el mejor de los casos, que no desarrolle nada más que una especie de afecto vago y cansado, sólo tenéis que hacerle caso, mimarlo, jugar con él todos los días antes de la cena, llevarlo al zoo, yo qué sé. Si, por el contrario, lo que pretendéis es que ese mismo niño os adore y necesite, alejaos un poquito. Y luego apareced por sorpresa cuando no se lo espere. Idos de su lado, a otra ciudad si hace falta, o trabajad dieciséis horas al día. Cuando volváis, prestadle una pizca de atención, la justa para que sepa lo que se pierde.

Veréis como cuando volváis a marcharos lo tenéis llorando y suplicando para que no lo hagáis. Y con cada vuelta a casa será todo alegría y sumisión.

El adulto en el que se convertirá estará bien jodido, por supuesto, pero el niño de ese momento será obediente y bueno, vuestra palabra contará para él como la de un dios omnipotente y cada obsequio, aunque sea de escaso valor, lo



apreciará más que el oro, el incienso y la mirra. Es un niño, no sabría qué hacer con esas cosas. Mejor grabadle un disco pirata, por ejemplo, nunca paguéis por algo que le regaléis. O compradle unos chicles, como mucho. No sé, haced una lista con lo peor que se os ocurra y, entre eso, seleccionad lo que menos esfuerzo os suponga. Seguro que con un poco de práctica llegáis a tirárselo negligentemente con cierta gracia.

Pensad en un perro, en un perro que os aburre. Bueno, pues ese perro es el niño. Ahora, actuad en consecuencia. Los perros adoran a un buen amo, ¿cierto? Rascan la puerta y aúllan cuando empiezan a oír a su dueño largo tiempo ausente, gimotean y se emocionan, ¿cierto también? Muy cierto. Pues esa es precisamente la reacción que tendrá vuestro niño si lo entrenáis desde cachorro. Perdón, desde bebé. Probadlo y lanzadle su hueso de buenas noches.

Funciona, en serio. Yo misma puedo reconocer el sonido de las llaves y del motor del coche de todas las personas con las que me relaciono. En realidad no tiene mérito, no es que conozca a tanta gente. Y las veces que en casa de Mara encontré la televisión encendida, no distinguí muy bien entre el programa de educación infantil y uno de entrenamiento de perros. En el fondo, me parecieron iguales.

Soy el ejemplo vivo de que la ausencia y los huesos lanzados en ciertas ocasiones pueden convertir la necesidad en amor del bueno. Del que dura toda la vida... y más allá.

Incluso me han silbado desde la calle (después del reconocible tintineo de llaves) para que abriera la puerta. No miento, soy el perro de Pavlov sin ladridos ni jadeos (o eso espero). Soy la Persona de Pavlov.

¿Acabo de hablar de mí como de un perro? Sí, lo he hecho. Bien, también muerdo, pero eso lo tuve que aprender yo sola. El parecido es asombroso.

Si a toda esa ensalada educacional, algo ya de por sí bastante enfermizo, le añadimos unos toques de genética aleatoria, el resultado no puede ser más volátil y explosivo. Si la Persona de Pavlov hereda algunos rasgos peculiares pero en apariencia es distinta a sus familiares más insignes, el resultado es más inestable y peligroso que la nitroglicerina.

Y si no, tranquilos, ya se encargarán ellos de conseguirlo. Y de seguir recordándooslo todos los días de vuestra vida, hurgando dentro de vosotros como el que intenta sacar la mierda de una herida infectada con un destornillador oxidado.

Mi primer recuerdo y lección de genética básica transcurre en una salita pequeña, anticuada y acogedora que *a posteriori* fue sufriendo leves cambios apenas perceptibles para convertirse en la pequeña, anticuada y acogedora salita que sigue siendo hoy, donde pasé la mayor parte de mi infancia y adolescencia.

Pues bien, ahí estaba yo. Pequeña y atenta a todo, como el pájaro aprendiz de espía que siempre he sido. Ella, y él también, rondaban por allí: altos, esbeltos y elegantes, con sus ojos verdes rasgados, la piel oliva y sus manos, esas manos que tanto me maravillaban, delgadas, largas, de uñas ovaladas, moviéndose como garzas, girando alrededor de la mesa camilla mientras en la vieja gramola agonizaba Sinatra. Ellos hablando de sus cosas, siempre tan cómplices y, a la vez, tan lejanos el uno del otro, mientras el pajarito de plumas alborotadas memorizaba sus palabras y movimientos. Entonces se fijaban en mí, en la pequeña practicante de Mata Hari y, examinándome atentamente, ella suspiraba y decía: «No, nunca te parecerás a nosotros, a ti te dejó aquí un circo ambulante».

Por lo visto les resultaba muy divertido, porque me lo recordaron varias (muchas) veces más a lo largo de los años, y siempre reían.

Como la vez que él me dijo que mis ojos eran tan pequeños como dos puñaladas en un tomate. De hecho, no creí siquiera tener ojos hasta que Arti me los señaló en una foto. «Qué ojazos», dijo. Siempre había pensado que eso era tener cara de susto, no los ojos grandes.

Unos pocos palos no vienen mal para que el perro crezca fuerte y robusto.

No importan la belleza, la gracia o la actitud, importa la *diferencia*. Ellos pertenecían a un club selecto en el que no permitían la entrada a nadie distinto. Ni aunque el pollo desplumado fuera en realidad un bello cisne. No se trataba de fealdad ni de hermosura, sino de identidad. No eras igual, y eso... eso estaba mal. No era lo correcto. Nunca serías uno de los suyos.

Alguna vez me dijeron que me parecía a él. Siempre me revolví como si me hubiera picado una avispa para negarlo, para cortarlo de raíz antes de que la cosa fuera a más. No me parezco en nada. Soy distinta, ¿no lo ves? Salta a la vista y tú estás ciego. O eres idiota.

El día que ella murió, varias de las personas que se acercaron a ver su cadáver también me lo dijeron. «El parecido es asombroso, es como tenerla aquí». Podríamos haber pasado el día jugando a encontrar las siete diferencias y ni siquiera entonces se hubieran apeado de su errónea impresión. Sí que es verdad que hay un vago aire, ese qué se yo que comparten algunos familiares en los gestos, en las expresiones. Algo en la sonrisa, en la forma de mirar, que te hace creer que hay una similitud que realmente no existe.

Quizá sea parte de su espíritu, que se te queda pegado a la cara. Yo qué sé.

Lo que sí sé es que comparar a alguien con un difunto (de cuerpo presente) es de muy mal gusto.

Bien. Ya hemos situado a los actores principales de esta historia. De dos de ellos quizá podáis haceros una idea. Aunque creo que nunca seré capaz de transmitir lo fascinantes, terribles y complejos que fueron. Los cabrones maravillosos a los que no llegué a entender nunca pero a quienes tampoco pude evitar amar de una forma loca y horrible. El personaje que resta, el Yo de esta historia, la Persona de Pavlov, el pájaro espía, tampoco será alguien fácil de comprender. Me han apaleado y casi no tengo autoestima. Pero eso es sólo la punta del iceberg, porque hay cosas que una chica de bien tiene que aprender por su cuenta si quiere sobrevivir donde yo lo hice. A caer de pie. A morder hasta el hueso y saber cuándo soltar la presa. A ser la incógnita de una ecuación errónea desde su planteamiento.

Porque soy un elemento inestable. Como la nitroglicerina.

Nos dedicábamos a algo inusual que llamábamos «Asuntos de Muertos». Algo que empezó siendo ingenioso y divertido y que terminó explotándonos en la cara.

Ahora. Ahora sí que empieza la historia.

I  
**LO QUE APRENDÍ DEL AMOR Y EL MATRIMONIO**  
**GRACIAS A FRANK**

*Love and marriage, love and marriage  
It's an institute you can't disparage  
Ask the local gentry  
And they will say it's elementary*

[*Love and Marriage, Frank Sinatra*]

!

Mara me llamó la semana antes de casarse para que fuera a echarle una mano. Odiaba el lugar del banquete (provinciano), odiaba el menú (vulgar), odiaba a la que iba a convertirse en su familia política (provincianos, vulgares y entrometidos), odiaba a la peluquera guion estilista guion maquilladora (me hace parecer una muñeca tonta llena de laca) y odiaba la forma en la que el vestido hacía desaparecer sus tetas.

—Tengo no-tetas, te lo juro. No es que haya podido presumir mucho de ellas nunca, pero es ponerme este hábito de monja y desaparecen. Se las come. Las convierte en negativas, en las no-tetas.

Tampoco había comprado zapatos. Pero eso no le importaba tanto.

Así que cogí un tren y fui, desde mi pequeña, típica y gris ciudad hasta otra aún más pequeña, típica y gris a cinco horas de distancia, donde Mara iba a casarse con

un «extranjero» bastante simpático. Extranjero, para Mara y para mí, era cualquiera que se saliera de los límites imaginarios que rodeaban la capital y cualquier ciudad, pueblo o parada de autobús en unos doscientos kilómetros a la redonda. O, lo que es aún más fácil: cualquier persona con acento.

A pesar de haber tenido que expandir sus miras a la fuerza por sus años de vida en la capital, Mara aún mantenía esos resquicios de profundidad periférica conservadora, un punto negro en su por lo demás perfecta fachada cosmopolita.

Podía pasarse horas hablando sobre su moderna y loca postadolescencia, en medio de la vorágine de fiestas, vanguardias, drogas y polisexualidad en la que se vio mezclada cuando se libró por fin del lugar donde había nacido; pero, por ejemplo, le disgustaban las fotografías y los cuadros de desnudos. Le daban pudor, decía. «Guárdate eso para ti, no quiero verlo. Me da igual que sea una Venus centenaria, una Maja famosa. Tápale las tetas o sácala de mi vista».

Tampoco hablaba de sexo, ni veía películas no ya eróticas, sino con un índice de desnudos superior a la media, que solía ser de dos, aproximadamente.

Esa era sólo una de sus muchas peculiaridades, una de tantas que jamás entendí. Porque era tan contradictoria como únicamente la propia Mara podía serlo.

No quería hablar, ver o saber de sexo, pero con dieciséis años y un aborto recién practicado se las arregló para encontrar trabajo como tutora de dos críos, y ese trabajo la llevó a pasar el verano entero en la playa. Aparte de la evidente incongruencia de todo el asunto, estaba el hecho de sortear la férrea disciplina a la que su padre (mi padre) la tenía sometida.

No habría sido cosa fácil llegar a ese embarazo, ni mucho menos. Creo que, incluso, tuvo que haber algo de sexo de por medio. Aunque hubiera sido con los ojos cerrados y casi toda la ropa puesta.

Mara y yo no veníamos precisamente de un hogar permisivo, donde las normas y la educación brillaran por su ausencia. Ni mucho menos. Él, nuestro padre, el hombre de ojos verdes y sonrisa traviesa, siempre se las había arreglado bien, con nosotras y en general. En cualquier circunstancia.

Fue el menor de cinco hermanos de una familia extremadamente humilde, y se las ingenió para convertirse en el único en ir a la escuela, superándola con holgura gracias a las matemáticas y las ciencias. Después, un poco desorientado e intuyendo un futuro incierto, probó suerte en el ejército, de donde se llevó algo más de educación (gratis), una licencia para ejercer como electricista (también gratis) y el descubrimiento de que sus frágiles pies no aguantaban las caminatas por el desierto ni los calcetines militares. Así que, con veinte años, unas llagas en la planta de los pies con las que viviría a temporadas intermitentes durante el resto de su vida, dos medallas, un diploma y ciertos conocimientos automovilísticos de escasa utilidad, volvió a su pequeña, típica y gris ciudad, se endeudó con la compra de un diminuto pero céntrico local que acondicionó como cafetería y comenzó a trabajar una media de quince horas diarias. Todo esto, para desgracia de sus pies y para sorpresa de sus allegados, que lo imaginaban ya en plena escalada a la alcaldía y, de ahí, a la presidencia del gobierno. Pero no, él pareció conformarse con algo tan simple y cotidiano como los cafés y las cervezas. Más raro aún: parecía que eso le hacía feliz.

De él heredé los pies frágiles, el pelo negro y poco más, o eso creía yo. Desde luego no el espíritu, el empuje, la fuerza.

Siempre fue un hombre fuerte y, en los últimos días de su vida, cuando todo su cuerpo estaba tan agrietado como sus pies, lo que más me desconcertaba y me consumía era ver cómo todo ese tremendo brío se había desvanecido de repente y cómo él se había convertido en poco más que uno de tantos muertos en vida que esperan el descanso arrastrándose por los pasillos de una casa en penumbra. Quizá tanta fuerza era la culpable de las llagas de su cuerpo, quizá tal proporción de energía comprimida había terminado por hacerlo explotar y luego se había escapado, perdiéndose en el aire.

Aun así, aguantó. Tres años de enfermedad, de tortura, es tener mucha fuerza. O ser muy bruto. O las dos cosas a la vez.

—Si no puedo ponerme en pie y mear solo, me muero y ya está. ¿Vivir así? ¿Para qué?

Se ponía su traje cada mañana hasta que no pudo hacerlo más, intentaba salir de casa y fantaseaba con pasear por esa pequeña, típica y terriblemente triste ciudad, parando en los bares y las tiendas donde todo el mundo lo conocía. Meaba solo con cierta soltura, en la taza o fuera de ella. Cuando dejara de poder vivir así, ¿para qué seguir haciéndolo?

Supongo que en parte por ese empuje y en parte por ser muy bruto fue como consiguió encontrar esposa. Su tiempo de ocio, desde luego, no contribuyó mucho a esa tarea. Ocho horas libres al día dan para dormir y comer, poco más. Echarse novia, dedicar tiempo al cortejo y verla más de cinco minutos diarios debió de ser una tarea difícil, vaya. Pero él lo consiguió.

Un día como cualquier otro entró en la cafetería y vio a uno de los camareros hablando con una chica rubia con los labios pintados de rojo y un vestido blanco con la falda de vuelo.

—Es demasiado guapa para ti, Mikel —le dijo al pasar a su lado, mirándola de arriba abajo con esa sonrisa de duende tan suya.

Me gusta imaginar a mi madre agarrada al banco donde estaba sentada para no caerse desmayada por el impacto de conocer a semejante galán. Pero claro, esto es cosa mía, y me da que ella no debía de ser demasiado impresionable ni mojigata, al menos por lo que tengo entendido.

—Es demasiado guapa para cualquiera —contestó Mikel, y los presentó. Aquí mi jefe, amigo y compañero en esto de servir cafés y cervezas: Andre. Aquí mi acompañante, hermana y si te acercas mucho a ella te parto la cara: Sabina. Puedes besar a la novia.

Sabina le estrechó la mano con firmeza. Andre decidió unilateralmente que se casaría con ella. Al día siguiente o en ese mismo momento, si era posible. Supongo que a ella le pasó algo parecido, porque, a pesar del abismo social, de educación y de carácter, cinco meses después su hermano Mikel ejercía de padrino en una boda a la que se negaron a asistir todos los demás miembros de las dos familias. Diferencias irreconciliables de las que a nadie le gustaba mucho hablar.

En las fotos de ese día se puede apreciar que a los novios tampoco les importó demasiado.

Él, con esmoquin negro, el pelo hacia atrás, sonrío más encandilado que travieso. Ella, con un vestido blanco sin ningún adorno, el pelo recogido como una bailarina, el ramo sujeto precariamente, siempre a punto de caer, lo mira como el que mira a Dios, a una aparición mariana, al dalái lama. No hay nada más que ellos en esas fotos, no hay nada más en su mundo, en sus ojos, en sus manos que sólo llegan a rozarse, sin agarrarse nunca del todo.